

C.E.E.

“Sangre de toro”, BANDERILLAS DE FUEGO

“Sangre de toro”, la última obra de José María Rodríguez Méndez, se estrenó en Bilbao y deambula ahora por distintas plazas, hasta ver de hallar un hueco en Madrid. Para el autor es una “pieza de cómicos”; para la crítica vasca, una interpretación brillante; para la mayoría, un ensayo más de un teatro popular, quizá no inútil. En el fondo, bajo el subtexto, como diría el autor, bulle un humor amargo, una visión desencantada de España, ahora arrodillada ante el Mercado Común.



“Sangre de toro”, teatro de cómicos.

PEDRO BAREA

Cita del programa de *Sangre de toro*: “El toro ibérico, el mítico toro hispánico —se dice allí— apenas tiene ya sangre. Soltó mucha sangre a través de la historia: su sangre celta vertida en Cartago, en América, en Europa... Ahora es sólo un torillo, enjuto de carnes, que apenas se sostiene en sus remos, que cae de rodillas cons-

tantemente por las arenas del mundo. Torillo abanto y desorientado, huidizo y desesperado, que aparece dispuesto ya para el sacrificio. Será Europa, la Europa del Mercado Común, la que meta el último bajonazo de muerte”.

Así se presentó en el Teatro Trueba de Bilbao el último espectáculo de José María Rodríguez Méndez. Estreno mundial, como decía con cierta ilusionada ironía su director Enrique Belloch. Nervios, pequeños fallos y un inventado público de estreno que llenó el local a puro de vales y pases, en una ciudad en la que no se estrena. *Sangre de toro* tenía que ser puesto a prueba, de todos modos, para dar el

salto definitivo a Madrid, si es que logra saltar. La vieja costumbre de “hacer las provincias” antes del gran día madrileño se repetía una vez más. Con una pieza, sin embargo, que proclamaba su voluntad popular, su imaginaria localista, su intención de hablar un lenguaje más cerca del grandísimo público que de las exquisiteces de la alta sociedad teatral madrileña. Es más, *Sangre de toro* bromeaba con esa conciencia cosmopolita y proeuropea para aliarse con quienes tienen una amarga visión de la España/furgón de madera de ese tren en el que se nos engancha. Y bromeaba con armas de tópico, de melodrama, de folklore abaratado por el uso,

sobre el caso de “estas mujeres, sacerdotisas del culto táurico, la de esos hombres de la guitarra y el cante, que esperan aún triunfar en el ruedo europeo, lucir su bravura —tan disminuida a través de los siglos— y morir con toda su dignidad. Dignidad, he aquí la palabra... De nuevo —como tantas otras veces— el toro ibérico se entrega al machete inmisericorde de Europa”.

La historia es leve, una anécdota de la que se extraen conclusiones graves. Un conjunto de cante español invitado a una fiesta internacional. Allí, al lado de las grandes estrellas del show-bussines, los raciales representantes de nuestro arte universal, quieren dejar bien al-

to el pabellón patrio. Nada saldrá a pedir de boca y una burla cutre les va a llegar del exterior. Ellos se rebelarán "ofreciendo la poca sangre que aún les corre por las venas, pero bravíos aún, libres aún, independientes y fieros hasta la "última consunción".

La nave no va

"¡Bendita sea la Virgen de la Esperanza! ¡madre mía, qué barco, y qué lucerío!" dice Trini (Vicky Lagos) al entrar en escena. Es la nave de los invitados a la fiesta, la nave de los españoles que esperan para actuar en la cachupinada internacional. Las folklóricas son Trini y Loli (Natalia Duarte), del oficio de toda la vida, a la espera de su lanzamiento mundial, entre la convicción de su mérito y el temblor por la responsabilidad contrai-da. Con ellas, Manolo (Emilio Siegrist), el guitarrista que no cesa de recibir indicaciones, "No me metas la falseta ¡por Dios! y déjame sola cuando yo te diga". Y Curro, "¡Las hartás de petróleo que nos vamos a dar cuando el morángano ese vea lo que es arte!". Curro (Javier Loyola), es un viejo profesional del cante reventado de tarimas y tablados al que le falla por momentos la garganta. Con ellos un marinero (Carlos Kaniowsky) de la organización, y una extensa nómina de vírgenes del Rocío y cristos del Gran Poder que van a darles apoyo moral y expresivo en los momentos de decaimiento. "¡Lo que yo decía, azuquiqui del bueno, la reoca!, ¡en cuanto que han visto lo que es arte!". La actuación parece que ha sido un éxito, pero quiere el autor que no acabe bien.

"... ¡La madre que los ha parido a todos, fíjate! ¡Por éstas, que de mí no se pitorrean!, ¿De mí se van a pitorrear?, ¡los rajo!".

"La paga llegará", dice Curro. Pero la paga se retrasa. "¿Sabes lo que te digo?, si fuéramos de verdad la sangre de toro, si fuéramos españoles como es de ley,



"Sangre de toro" bromea con el cosmopolitismo europeista.



tendríamos que ir delante de todos ellos y decirles: se meten ustedes por donde saben su dinero, que aquí la Trini y los suyos no necesitan nada de ustedes. Miren, miren la joyas que tengo, que me las he ganado a pulso... Bailando por los tablaos, rompiéndome los pinreles, o haciendo de puta si me da la gana. ¡Hijos de mala madre!, ¡nos bas-

P. B.

ENRIQUE BELLOCH

"Lo han pasado muy mal"

Enrique Belloch, entre cosas, apenas fue capaz de seguir las incidencias del "estreno mundial" de *Sangre de toro*.

—"Este es un proyecto que surgió a través de mi interés por la generación realista, porque fueron los que de alguna manera nos descubrieron lo que es el mundo del espectáculo. Trabajé esta generación en Valencia, concretamente con obras de Martín Recuerda".

—¿No se aparta un poco *Sangre de toro*, en cuanto a densidad, de los tipos de Rodríguez Méndez, y en cuanto a profundi-

dad, de lo que fue la generación realista?

—"Quizás, aparentemente. A lo mejor es porque los personajes los consideramos tópicos, y todo parezca menos denso. Pero yo creo que sigue la línea de todo su teatro, de crear personajes muy populares, sacados de

la extracción más humilde, más popular de España. Y lo mismo con el lenguaje, un juego que es habitual; el casticismo, las formas coloquiales. Y las viejas obsesiones del autor, el catalanismo, o el castellano de la calle".

—*Sangre de toro* es una obra reciente, y de ocasión. Actual-

—"Sí, es una obra reciente".

—¿No se está perdiendo la obra clave de muchos de estos autores realistas a cambio de títulos de última hora?

—"Pues posiblemente haya que recuperar textos que están escritos en otras épocas, concretamente textos escritos en la época franquista que es en la que más marginado estuvo este grupo, y quizás sí, quizás haya textos interesantes que recuperar en su producción".

—*Sangre de toro* da una visión pesimista del futuro.

—"Lo han pasado muy mal. Yo les entiendo bien. No creen —creo—, en las democracias y en que las cosas vayan a ir mejor, y están todavía impregnados de ese pesimismo. Sí, ellos, en general, siguen siendo así. Es un matiz que tienen todos, debido seguramente a que su teatro ha tenido muchas dificultades para salir adelante".

ta con haber demostrado lo que somos!, ¡nuestro arte, coño!, ¡nuestra sangre y nuestra raza! Vosotros estáis ¡podridos!, ¡podridos!"

El público siguió la peripecia con atención, riendo y aplaudiendo una pieza con ritmos de espectáculo popular, tragicómico, en el que los tres personajes centrales —Vicky Lagos, Natalia Duarte y Javier Loyola— se entregan a un ejercicio de interpretación sin tregua. Actuación sobre unos tipos —los folklóricos— ya muy teatrales, que incluyen canto, baile y momentos de ansiedad y ternura, de violencia y amargor, para un libro intencionadamente melodramático.

Todo transcurre en el plazo de tiempo que coincide con el de la acción teatral. Salvo la elipsis del "espectáculo" en el que el grupo de cante participa, todo está a la vista. Por ello, el apoyo de un espacio escenográfico de cierto aparato, de Carlos Marco; la coreografía, de Julia Grecos; luces, José Miguel López Sáez, y música propia para *Sangre de toro*, de Miguel García Velasco.

La idea de una interpretación brillante, de efecto, fue subrayada por el público y la crítica. Vicky Lagos y Natalia Duarte, cantando y bailando, eran una especie de grata sorpresa para un público que no recordaba esa faceta del trabajo de las dos actrices. Vicky Lagos, sin embargo, afirmaba ser buena conocedora de los tipos de Rodríguez Méndez. A lo largo de su carrera había incorporado personaje de *Historia de unos cuantos* y de *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga*, convirtiéndose casi en una especialista del autor madrileño.

Un teatro sardónico

Humor amargo, pesimismo, visión desencantada de España, *Sangre de toro* se inscribe en la obra de José María Rodríguez Méndez como una pieza crítica, que sale al paso de un cierto optimismo social ante la Europa que nos abre las puertas. Es, sin duda, un texto de ocasión en el que el autor proclama claramente su rechazo ante el mercado europeo. Y es una proclama visceral, sin demasiados matices, utilizando una parábola tangencial, no una argumentación. *Sangre de toro* es una réplica del corazón, no de la razón. La vieja amargura generacional se vierte ahora ante la nueva situación española.

Por lo demás, la obra insiste en los elementos del estilo del mejor teatro de Rodríguez Méndez. Su admiración por los géneros populares, por el género chico. Su piedad por los tipos marginales en los que se pone sus hallazgos de lenguaje, su habilidad para crear, de un brochazo, ambientes y comportamientos humanos dentro del melodrama y la denuncia.

Sangre de toro, enlaza con lo que Martín Recuerda llamaba "iberismo". "Testimonio", "intransigencia", son palabras que se emplearon en algún momento para definirles. Siguen siendo útiles.

BITTER-KAS

EL TOZUDO REALISMO de Rodríguez Méndez

Vagabundo de muchas cosas y de muchas latitudes, José María Rodríguez Méndez, un viejo nadador contra-corriente, ha vuelto a su patria chica: Madrid. ¿Por qué?. Porque "hay que estar en Madrid", razona él, justo en el momento en que teóricamente está quebrando el centralismo. Vuelve con 60 años de andadura difícil, con más de 30 de dramaturgo marginado y bronco, pero aún con la testuz erguida, con moral alcoyana, empecinado en encontrar en el teatro un resquicio para entonar su grito...aunque sea ininteligible.



Rodríguez Méndez: "Hay que estar en Madrid...". (Foto: Chicho).

J. L. V. M.

Después de un rato largo de conversación con él, es difícil saber si Rodríguez Méndez es un tipo que va, o un hombre de vuelta. Seguramente está en ese punto de sazón, en esa edad, en la que pasado y futuro se sobrellevan con la sabiduría del relativismo. Y tiene derrotas broncos, juveniles, iconoclastas... y luego como una pátina ya de resignación o de incredulidad.

Pero bien pensado sí, es un hombre de vuelta. Después de

toda una vida en alguna diáspora ("es un exiliado por vocación y un malhumorado por ética", escribió de él María Aurelia Capmany). Rodríguez Méndez ha vuelto a su patria chica, Madrid. Y no le preguntes demasiado por qué, porque José María se despachará simplemente con una tozudez/lucidez valleinclanesca (al estilo de aquel "Hay que volver a París" que mascullaba Max Estrella en su última noche de bohemia).

—"Hay que estar en Madrid". Escuetamente así contesta hoy Rodríguez Méndez y es mejor que no caigas en la tontuna de conectar sus argumentos con la moda publicitaria ésa de la "movida" y demás inventos derivados. "No, ésos son folklorismos", apenas epidermis que no le interesan lo más mínimo. Falsos, probablemente, como lo demuestra el hecho de que Rodrí-

guez Méndez no sienta necesidad alguna de redescubrir Madrid. Conoce Madrid desde la cuna (1925), hasta la guerra (en 1939 se marchó a vivir a Barcelona), y ahora mismo piensa que "las transformaciones que ofrece Madrid apenas son superficiales. La historia aquí es muy fuerte y sigue gravitando sobre el presente de un modo palpable. Basta añadir un poco y enseguida aflora la sustancia que hay debajo: la realidad de un pueblo que ha vivido mucho, que ha soportado y sufrido mucho. Y ese mundo, esa situación sigue estando ahí, muy postrada, muy muerta, muy inerte... aunque puede resucitar, claro".

"Luis Candelas, ¡vuelve!"

Y entonces, a título de ejemplo acaso, cuenta José María su